

REVISTA

# Nueva Atlántida

## REFLEXIONES SOBRE UN ARCHIPIÉLAGO POSIBLE

• • •

ANTONIO BENÍTEZ ROJO

Puedo recordar con exactitud el año en que, además de sentirme cubano, empecé a sentirme antillano. Fue 1944. Mi padrastró había sido enviado a Puerto Rico para organizar allí la instalación del servicio de teléfono automático. Como el barco que conducía los nuevos equipos fue torpedeado por un submarino alemán, tuvimos que permanecer en San Juan alrededor de año y medio, hasta que volviera a despacharse otro barco. Como es natural en un muchacho de trece años, había resistido al principio la idea de dejar mis amigos del barrio y mis compañeros de colegio en La Habana para ir a vivir en San Juan. Sin embargo, al poco tiempo, me di cuenta de que Cuba y Puerto Rico tenían muchas cosas en común. San Juan, como La Habana, tenía un Castillo del Morro, viejos cañones, plazas e iglesias coloniales, balcones barrocos, playas y palmas. El interior de ambas islas también era muy parecido. Había plantaciones de azúcar, de plátano y de café, y los campesinos vivían más o menos igual. La gente era blanca, mulata y negra, como en Cuba, y también gustaba de bailar música de ritmo subido, comer tostones, naranjas, frijoles, carne de puerco y arroz con pollo, y beber café, cerveza y ron. Hice nuevos amigos, y no pude establecer grandes diferencias entre ellos y los que había dejado en Cuba. Cuando llegó la noticia de que el barco con los equipos telefónicos había sido torpedeado y supe que teníamos que prolongar nuestra estancia por varios meses, me alegré muchísimo —que me perdonen los que murieron en el naufragio.

También puedo recordar con precisión cuando, además de sentirme cubano y antillano, me sentí caribeño. Fue en el verano de 1979, en ocasión de tener lugar en La Habana un festival llamado CARIFESTA, el cual se había celebrado con anterioridad en Jamaica, Trinidad y Guyana. Este festival reunía grupos de música y baile de todas las naciones con costas al Mar Caribe, y durante varios días los teatros, estadios, plazas y calles de La Habana, sirvieron de escenario a las expresiones culturales de numerosos países de la región. Como yo

era miembro de la comisión técnica que organizaba el evento, tuve la oportunidad de conocer a varios escritores, pintores y artistas que participaban en el festival. No obstante, no fue hasta que observé la manera de bailar de cada país, que mi cuerpo se dio cuenta de que había un denominador común en todas nuestras culturas: el ritmo. Y no sólo eso, el ritmo suponía una actuación, una representación, es decir, un performance, el cual era extraordinariamente semejante al cubano. Por supuesto, de eso ya se había escrito. Por ejemplo, el Padre Labat había dicho a finales del siglo XVII: "Todos vosotros estáis juntos en el bote, navegando en el mismo incierto mar... la nacionalidad y la raza no son importantes, apenas pequeñas e insignificantes etiquetas comparadas con el mensaje que el espíritu me trae: y éste es el lugar y el predicamento que la historia os ha impuesto... Lo vi primero en la danza... el merengue en Haití, el beguine en Martinica, y hoy escucho dentro de mi viejo oído, el eco de los calypsoes de Trinidad, Jamaica, Santa Lucía, Antigua, Dominica y la legendaria Guyana... No es accidental que el mar que separa vuestras tierras no establece diferencias en el ritmo de vuestros cuerpos".

Es cierto que ya había leído este texto. Sin embargo, no lo había sentido como algo mío porque hasta entonces no había tenido la suerte de observar de cerca y en sucesión los performances musicales y danzarios de todos los pueblos del Caribe. Cuando CARIFESTA terminó, no tuve la menor duda de que yo era también caribeño.

Hace tres años fui invitado a visitar Tenerife por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, y más tarde por la de La Laguna. Nunca había estado en las Canarias. Naturalmente, algo sabía de la historia de estas islas, particularmente sobre la de Tenerife, pues en mi novela *El mar de las lentejas* había narrado las relaciones comerciales entre los Ponte, los Adeje y Garachico, y los Hawkings, de Plymouth. También es cierto que sabía de la importante y pro-

longada emigración canaria hacia Cuba, al punto que la pieza que funda la literatura cubana, *Espejo de paciencia*, fue escrita a principios del siglo XVII por Silvestre de Balboa, nacido precisamente en esta ciudad. Pero al recorrer Tenerife y otras islas y conocer su gente dentro de su propio medio, me ocurrió lo mismo que me había ocurrido en Puerto Rico y el CARIFESTA. Para empezar, el español que se hablaba era muy parecido al de Cuba; incluso había giros lingüísticos y palabras, como guagua, que se usaban en Cuba y Puerto Rico, pero no en España ni en el resto de Hispanoamérica. También había playas, palmeras y plantaciones, y la vieja arquitectura recordaba mucho la que puede verse en ciertas ciudades y pueblos del Caribe hispánico. Otra cosa en común era la de comer plátanos y el uso del mojo en ciertos platos. Es cierto que no había negros, pero pude observar gente de tez más morena que la de los peninsulares. Como sabía que en varias de las Canarias habían existido plantaciones de caña de azúcar y esclavitud africana, pensé que era muy posible que hubiera algunas muestra de sangre negra o bereber en un parte de la población. Y claro, eso también nos acercaba. Pero lo que más me llamó la atención fue la manera de ser de la gente, muy semejante a la del Caribe, esto es, la misma generosidad, la espontaneidad, el mismo carácter abierto y sonriente. Fue entonces que, además de sentirme cubano, antillano y caribeño, empecé a sentirme también un poco canario.

Si he contado estas experiencias personales, es porque, curiosamente, se corresponden con lo que le ha ocurrido al discurso que hoy en día llamamos caribeño y que propongo llamar de la Nueva Atlántida. Naturalmente, al principio sólo existían discursos que habían pasado de ser criollos a nacionales, es decir, un discurso haitiano, otro cubano, otro jamaicano. Y así, a finales del siglo XIX, estos discursos empezaron a agruparse por bloques lingüísticos; esto es, apareció un discurso antillano hispánico, un discurso de las West Indies, etc. Ya en nuestro siglo surgió un discurso antillano global que, rompiendo la vieja concepción colonial, reparó en ciertos patrones que se repetían dentro del archipiélago. Contribuyeron a este esfuerzo, entre otras, las obras de Fernando Ortiz, Jean Price-Mars, Jacques Roumain, Jean-Stéphen Alexis, C.L.R. James, Aimé Césaire, Luis Palés Matos, Emilio Ballagas, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Lydia Cabrera y otros. Si bien este discurso se había centrado en sus inicios en el importante impacto de la diáspora africana en las distintas sociedades y culturas insulares, definiendo conceptos tales como el de transculturación y el de mestizaje, en época relativamente reciente expandió su base referencial, incluyendo territorios del continente americano relacionados con el Mar Caribe, así como estudiando de conjunto el fenómeno sociocultural del área bajo el concepto de criollización. Esta nueva noción ya no sólo se refirió al encuentro de pueblos europeos y africanos en la región, sino además incluyó el aporte de otros pueblos, en primer lugar los amerindios y los asiáticos. Paralelamente, la idea del Caribe, en tanto área que presentaba características propias, no sólo se generalizó en el mundo, sino que suscitó numerosas obras de carácter histórico, económico, sociológico y literario, entre otras las de Eric Williams, Sidney Mintz, Manuel Moreno Fraginals, Arturo Morales Carrión, Juan Bosch y Franklin Knight. Además se fundaron iniciativas de cooperación económica como CARIFESTA y, posteriormente, CARICOM. En lo que toca a las expresiones artísticas, se organizaron los festivales de CARIFESTA, de los cuales he hablado. Es precisamente en esta etapa donde el discurso antillano, al expandirse, tomó el nombre de discurso cari-

beño. Más recientemente, dicho discurso ha ampliado aún más sus referentes, buscando puntos de conexión en gran parte del globo, particularmente en la zona atlántica, de acuerdo con ciertos principios asociadores. Esta perspectiva se observa en varias obras de análisis cultural y literario, como son *The Womb of Space: The Cross-Cultural Imagination* de Wilson Harris, *Poétique de la relation* de Edouard Glissant, *Eloge de la créolité*, de Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphael Confiant, y mi libro *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*.

Al hacer este recuento he tenido que omitir, por razones de brevedad, una enorme cantidad de información que habla de la gran extensión y densidad que ha tenido, en su desarrollo, el discurso que actualmente se suele llamar caribeño y hoy, aquí, propongo llamar atlántico o de la Nueva Atlántida. Por ejemplo, al estudiar su primera etapa, es decir, su etapa de discurso antillano, habría que decir que los intentos más relevantes de definir una cultura común empezaron a cobrar cuerpo en la década de 1920 y alcanzaron su mayor importancia en los años 1930 y 1940. Todos ellos compartieron el mismo deseo: subrayar la importancia del legado africano en la región. Estos esfuerzos estuvieron influidos por un número de eventos que, por lo general, ocurrieron fuera del Caribe. Entre ellos: la popularidad alcanzada por el arte africano en Europa, las ideas de Leo Frobenius y Oswald Spengler, la participación de tropas negras en la Primera Guerra Mundial, el surgimiento del nacionalismo negro en los Estados Unidos, la literatura creada por los autores del llamado Renacimiento de Harlem, la agenda panafricanista de Marcus Garvey —también promovida desde Harlem— y, finalmente el impacto del surrealismo y de la música de Gershwin y Stravinsky. Hoy el arte y el pensamiento posmodernos. En las Antillas, donde la población predominante siempre ha sido negra y mulata, la mirada hacia África sirvió a varios propósitos prácticos: primero, ayudó al negro a liberarse de su sentimiento de inferioridad social y cultural con que la esclavitud lo había marcado, proveyéndolo de una patria etnológica común más allá del océano (a estos efectos, fue instrumental la doctrina del jamaicano Marcus Garvey llamada *back to Africa*, regreso a África); segundo, el sentimiento de orgullo cultural ayudó a las masas negras a salir de la pasividad social y política que exigía la dominación colonial (el ejemplo más importante es el movimiento de la *Négritude*, organizado por el martiniqueño Aimé Césaire junto con el senegalés Léopold Senghor); tercero, en el caso de Haití, contribuyó a la reinterpretación de la cultura nacional, exaltando las viejas tradiciones conservadas en el campesinado (en esto la obra de Jean-Price Mars tuvo una importancia crucial); cuarto, en las Antillas hispánicas, pero sobre todo en Cuba, donde los negros eran una cierta minoría discriminada, la nueva conciencia africanista condujo al desarrollo de un tipo de nacionalismo moderno en cuyo espacio la construcción de la nación dejó de verse como obra exclusiva de los criollos blancos (aquí debo mencionar los casos de *afrocubanismo* de Fernando Ortiz, y la poesía *negrista* del puertorriqueño Luis Palés Matos, el cubano Nicolás Guillén, y el dominicano Manuel del Cabral, entre otros). En el caso exclusivo de Cuba, habría que mencionar el surgimiento de una pintura verdaderamente nacional —desde Víctor Manuel hasta Wilfredo Lam, pasando por la escultura de Teodoro Ramos—, la narrativa de Lydia Cabrera y Alejo Carpentier, la música sinfónica afrocubana de Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla, el surgimiento de un teatro lírico nacional de asunto interracial —desde *La niña Rita* de Ernesto Lecuona y Eliseo Grenet hasta la Ce-

cilia Valdés de Gonzalo Roig-, y la popularización de la música entonces llamada negra y mulata: la rumba, la conga, el son, y más tarde el mambo y el chachá.

Vista este etapa desde hoy, habría que concluir que el discurso antillano, si bien antecedente necesario a la organización de un discurso caribeño, abundaba en proposiciones reduccionistas. Por ejemplo, en general, el discurso se centraba sólo en aspectos relacionados con África y Europa, desconociendo las contribuciones socioculturales de Indoamérica, China, la India, Java y las naciones del Oriente Medio. Pero, sobre todo, desconocía la influencia norteamericana en la cultura de la región. Otro error bastante común fue considerar las diferentes y numerosas culturas de África y Europa como si fueran unidades homogéneas y antagónicas, o bien pensar, al calor de la obra de Spengler, que la civilización occidental había entrado en un ciclo de decadencia, habiendo de ser sustituida por una civilización africana; o bien describir la cultura de las Antillas como neo-africana (término inventado por el alemán Janheinz Jahn); o bien, manipular, desde las posiciones más extremas del movimiento de la *négritude*, las nociones de raza, cultura y poder; o bien, pensar que la cultura europea y la cultura africana, en su interacción dialéctica dentro del espacio antillano, había cristalizado en una síntesis estable –una cultura mulata o mestiza–, idea que por un tiempo sostuvo Guillén entre otros muchos.

La etapa de formación del discurso caribeño, es decir, cuando el discurso antillano expande sus referentes territoriales y desmantela el binarismo Europa-África para incluir otros componentes etnológicos, se corresponde con el proceso de descolonización ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial y con la noción de la existencia de un Tercer Mundo, idea lanzada en la Conferencia de Bandung en 1955. También se corresponde con el auge del pensamiento estructuralista en Europa y con la teoría crítica de Teodoro Adorno y el Círculo de Frankfurt, y sobre todo, con el triunfo de una revolución marxista en Cuba y la presencia de la llamada “nueva izquierda” en Europa y Estados Unidos. Si bien dentro de esta etapa desaparece el binarismo Europa-África, blanco-negro, o cultura occidental-cultura africana, se construyen nuevos binarismos. Por ejemplo, el discurso antropológico –influido por la descolonización, el auge del pensamiento marxista y el análisis estructuralista– empezó a definir la cultura caribeña en términos de oposiciones binarias tales como cultura dominante-cultura subyugada, cultura popular-cultura elitista, cultura dependiente-cultura soberana, etc., distinguiéndose en esto la obra de Frantz Fanon. Muestras de perspectivas menos radicales, aunque con un trasfondo binarista, son, en la literatura, la teoría de lo real maravilloso o realismo mágico, defendida por el haitiano Jean Stéphen Alexis y el cubano Alejo Carpentier; en la historia, por las obras del trinitario Eric Williams y el cubano Manuel Moreno Fraginal; en la antropología cultural, por la obra del brasileño Darcy Ribeiro, que imbuida de nacionalismo, entendía que los pueblos del Caribe y el Brasil eran “pueblos nuevos”, desconectados de Europa y África, como lo era su “nueva” cultura.

Hace aproximadamente dos décadas, el pensamiento estructuralista empezó a decaer, siendo sustituido por el llamado posestructuralista y poco después por el posmoderno. Como sabemos, esta nueva situación se corresponde con el declinamiento de la ideología marxista en el mundo, la terminación de la guerra fría y el demerito del bloque socialista, la liquidación del Apartheid, la unidad europea y el llamado proceso de globalización, y el desarrollo de la ci-

bernetica, las comunicaciones y el acceso al conocimiento. Es cierto que aún quedan binarismos por ahí, pero pienso que algunos tienen razón de ser, al menos hasta que se solucionen pacíficamente los casos más extremos de diferencias económicas, raciales, sexuales y culturales en el mundo.

Ahora bien, en estas dos últimas décadas el discurso caribeño, empujado por los vientos de la posmodernidad, ha arribado a un nuevo momento, caracterizado éste por un menor maniqueísmo y una mayor conciencia de la complejidad de su propio fenómeno. A estos efectos, las obras de historiadores como Braudel, Wallerstein y White, así como de filósofos como Foucault, Lacan, Derrida, Lyotard y Deleuze, o bien de matemáticos y científicos como Mandelbrot, Ruelle, Lorez y Prigogine han contribuido a que el investigador de hoy comprenda que el sistema caribeño presenta una complejidad fuera de lo común. Por ejemplo, en lo que toca al discurso económico y sociocultural de la región, observamos que las dinámicas de la caribeñidad están históricamente conectadas a macrofactores tales como las exploraciones y conquistas derivadas del expansionismo europeo, el impacto de la economía atlántica en el desarrollo del capitalismo, las consecuencias de la rivalidad militar y comercial de los imperios europeos, el contrabando y la piratería, el desarrollo de la economía de plantación, los efectos de la colonización de África y la importación de esclavos africanos, la contratación de mano de obra asiática, la influencia del pensamiento europeo en las luchas civiles y armadas por la independencia, la influencia política y cultural de los Estados Unidos, y otros.

Naturalmente, esta perspectiva no sólo nos ha hecho ver lo caribeño más complejo, sino además más extenso, y al mismo tiempo menos coherente y estable, así como más diverso y fragmentario. Tanto es así, que hoy, si deseáramos hablar de antillanidad o caribeñidad desde las perspectivas del pensamiento estructuralista, se nos haría imposible pues nuestros argumentos nos parecerían producto de arbitrarios reduccionismos y simplificaciones. Por ejemplo, he aquí un hecho que no fue percibido por los primeros caribeñistas; por cierto un hecho un tanto inquietante: es imposible delimitar con exactitud las fronteras del Caribe. Si partimos de la geografía física, el área comprendería únicamente los territorios con costas al Mar Caribe, excluyendo así los que dan al Golfo de México, así como las Bahamas, las Turcas y Caicos, Barbados, Guyana, Cayena y Surinam, naciones que usualmente son consideradas caribeñas; por otra parte, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, que son consideradas naciones de la América Central, quedarían incluidas. Si partimos de criterios socioeconómicos, el Caribe podría ser estudiado en términos de la economía americana de plantación, es decir, de aquellas partes del continente americano donde se desarrolló una economía de plantación esclavista. No obstante, si se fuera a seguir estrictamente este criterio, el Caribe incluiría, además de las Antillas, una larga porción de los Estados Unidos y Brasil, así como las regiones costeras de América del Sur y del antiguo virreinato del Perú, las cuales dan al Pacífico. Aun si este criterio fuera descartado y se redujera el Caribe a un área más manejable, digamos las Antillas, veríamos que también existirían un número de fuertes contradicciones. Por ejemplo, si intentáramos identificar el archipiélago a partir de la presencia de un nacionalismo común, veríamos en seguida que la población de las Antillas carece de una conciencia antillana. Para la inmensa mayoría de los caribeños, la región aparece fragmentada en bloques lingüísticos que se refieren a las diferentes potencias coloniales que impusieron su dominio en

la región, es decir, España, Inglaterra, Francia y Holanda, entre otras. Tampoco es factible encontrar un patrón etnológico común a todos los territorios. Si bien es cierto que en las islas convergieron pueblos de América, Europa, África y Asia, sus culturas fueron muy variadas y su distribución territorial fue muy inconsistente. Por otra parte, el pluralismo político que se observa en las Antillas no puede ser más caótico, vale decir que, según la *Enciclopedia Británica*, la República Dominicana es una "república multipartidista", Cuba es una república "unitaria y socialista", Puerto Rico es un "estado libre asociado" a los Estados Unidos, Curazao es un "territorio no metropolitano de los Países Bajos", Martinica es un "departamento ultramarino de Francia", las Islas Vírgenes son "territorios no incorporados de los Estados Unidos", Saint Kitts y Nevis constituyen una "república federada", y Dominica es una "mancomunidad" isleña cuya forma de gobierno bajo la Mancomunidad Británica es la de monarquía constitucional.

Así, dada la dificultad de establecer con precisión las fronteras geográficas, socioeconómicas, etnológicas y políticas del área, términos como "cultura caribeña", "lo caribeño" y "caribeñidad" deben ser tomados como conceptos inestables, en constante cambio y desplazamiento. Dentro de este marco de pensamiento, la cuestión de identificar *a priori* las fronteras de lo caribeño no constituye un serio problema. Desde esta nueva perspectiva, lo caribeño trascendería las fronteras tanto del Mar Caribe como de la plantación americana, constituyendo un macrosistema abierto cuyos orígenes serían irrecuperables, puesto que éstos se encuentran espacial y temporalmente dispersos a través de América, Europa, África y Asia, es decir, el mundo. Así, el investigador posmoderno tiende a estudiar lo caribeño a partir de la observación de ciertas correlaciones o patrones que se repiten aquí y allá en un conjunto de casos cuyo universo considera desconocido de entrada. Adicionalmente, este hipotético investigador descartaría ciertos modelos, métodos o interpretaciones, procedentes del historicismo europeo (por ejemplo las obras de Hegel y Marx), reemplazándolos con narrativas tales como el mito y la novela (proposición de Wilson Harris), compensando así la pérdida del pasado sufrida por la memoria colectiva de los pueblos de la región. También rechazaría las ideas de "unidad", "centro", "homogeneidad", "síntesis", "estabilidad", "coherencia", etc. En resumen, para el investigador posmoderno el sistema de lo caribeño sería acéntrico, heteróclito, inestable, ambivalente cuando no paradójico, y estaría en constante estado de flujo y transformación, o si se quiere, en continuo proceso de impredecible criollización. Sería, sobre todo, un continuo carnaval. Dicho investigador, naturalmente, rechazaría la idea de que lo caribeño es una síntesis o marcha hacia ella; esto es, estaría inclinado a mirar el sistema como un turbulento interplay de diferencias (sugerido por Glissant). No obstante, si bien el pensamiento posmoderno sirve a los propósitos de dismantelar los viejos absolutos, tal perspectiva también impone límites. Por ejemplo, el discurso de la posmodernidad se propone como científico, es decir, etnocéntrico, proposición que comparte con el discurso de la modernidad. Así, quedan excluidos de ambos las creencias, los mitos, el folclore oral, musical y danzario y otras tradiciones populares, es decir, desconoce la autoridad de lo que Lyotard llama "conocimiento narrativo", del cual dependen culturalmente en gran medida las sociedades periféricas. Mis ideas al respecto, son simples y complejas a la vez: para estudiar dichas sociedades es preciso tomar en cuenta, simultáneamente, estos tres paradigmas de

conocimiento, esto es, el moderno, el posmoderno y el narrativo, que yo prefiero llamar el de los Pueblos del Mar. Es aquí, precisamente, donde entra a jugar mi proposición de que el discurso del Caribe cese de llamarse así para integrarse a un discurso de referentes más amplios que, a falta de mejor nombre, he llamado discurso novo-atlántico.

De nuevo diré que mis ideas sobre la Nueva Atlántida no las repetiré aquí, pues se encuentran esbozadas en el breve ensayo que aparece en el catálogo de la exposición. Sí insistiré en que existen puntos de que agarrarse para armar este nuevo discurso. Estos puntos se encuentran dispersos por el Atlántico y, además de integrar islas, constituyen una red de complejos nódulos que concentran conocimiento atlántico al menos desde la época de los descubrimientos y conquistas insulares así como de los inicios de la plantación. Más aún, como toda red, el archipiélago de Nueva Atlántida está conectado a masas o fuerzas que tiran de ella, las cuales, en nuestro caso, serían las tierras firmes de Europa, África y América. Hasta ahora, hay que concluir que los mayores tiros han provenido de Europa. Chanu, Braudel, Wallerstein, por ejemplo, en sus excelentes obras sobre el Atlántico, echan una mirada a nuestro gran archipiélago, pero lo hacen desde un punto de vista europeo, especialmente desde la perspectiva del comercio y de la formación de una economía atlántica, dentro de lo que se ha dado en llamar "sistema mundial europeo" o "sistema capitalista mundial". Y sin embargo, nuestras islas no son tan europeas como incluso nosotros mismos pensamos –tal vez porque eso es lo que nos enseñaron en las escuelas. También hay en ellas mucho de América y de África que se suele pasar por alto. Pero, además, hay que concluir que si la presencia de este gran archipiélago que imagino –archipiélago de 270.000 kilómetros cuadrados y 44.000.000 de habitantes– ni Europa, ni África ni América serían lo que hoy son.

Concretamente ¿cuál es mi proposición? En primer término, a partir de la experiencia ya ganada en el estudio de lo caribeño, ir observando los patrones de diferencias que se repiten en las islas del Atlántico de acá para allá. Hay fenómenos comparables, que por ser del dominio público, pueden servir de puntos de partida, digamos el consumo del plátano, o el estudio de la expansión de la plantación, e incluso, en la actualidad, el estudio a fondo del turismo. Más aún, en Cuba, por ejemplo, cuando yo era niño, se hablaba como cosa terrible de una brujería canaria. Bien ¿qué diferencias existen entre estas prácticas o creencias canarias, las cuales desconozco, con respecto a las de Cabo Verde, Haití, Cuba y otras islas? Por otra parte, ya sabemos que la endecha canaria influyó en el folclore de Cuba y Puerto Rico. Pero haría falta estudios más profundos que prestaran atención a la cuestión del ritmo, y esto, en sí, ya constituiría una segunda etapa de investigación. Pues no me refiero solamente a ritmos musicales y danzarios, sino además a los ritmos que pueden observarse en las artes plásticas, en la poesía, en la manera de hablar y caminar. Tales ritmos, en realidad, emanan de ritmos interiores, estructuras secretas que todos llevamos dentro en calidad de implantes socioculturales. Si visitamos sucesivamente las ciudades de Londres y Nueva York, por ejemplo, se nos hará evidente que cada una de ellas vibra con un ritmo propio. ¿Existen ritmos insulares que nos acerquen, ritmos que recojan el juego de las olas con el horizonte atlántico? Intuitivamente, diría que sí. Pero sólo la investigación y el discurso podrían responder a esta pregunta con propiedad.